

el desastre obrero van llegando a toda prisa. Los dueños encuentran en ellos sus mejores auxiliares, y les dispensan incondicional protección... ¡Sí; se han hecho muy devotos!...

—¡Hasta el director!—intercala uno —¿Quién lo diría?...

Y el de antes, contrayendo la boca y mostrando los dientes:

—¡Hasta el director!... Y ese sujeto es el mismo que hace algunos meses abominaba de la religión y defendía el librepensamiento... ¡Bah, son todos despreciables!

—¡No; es que hacen su negocio!— me permito insinuar.

—Es verdad; ¡que buena pro les haga!... Así como así, la vida de todos ellos es poco envidiable... Abusando de la inmoralidad, han logrado formar tan fuerte ambiente de corrupción, que ni ellos mismos pueden sustraerse a su influjo. Por eso las desgracias de familia, que en otros inspirarían lástima, tratándose de esa gente se convierten en motivo de regocijo y de picantes chanzas.

—¿Habla por los de la Fábrica?...

—Por todos: por ellos y por su director.

—¿También en éste hay novela íntima?

—Creo que todos los que en este rico pudridero entran están condenados á tenerla: la inmoralidad también es contagiosa.

—¿Y qué es ello?

—Cuestión de amores: una fuga tras un soldado; un arreglo por dinero, y nada más. Entre ellos todo se arregla con el dinero... Con el dinero y con la religión que les absuelve ahora de todas sus culpas...

—¿Y antes no?

—Ya le he dicho que antes no conocíamos a esos frailes, y la Fábrica no se preocupaba en cuestiones políticas ni religiosas; pero necesita auxiliares que la defiendan, y ellos acuden por la paga, convirtiéndose en el más insostenible medio de dominación y tiranía... Los dueños solos no podrían sostener la lucha.

—Pues si han vencido completamente...

—Pero su triunfo no podía ser definitivo. Sus golpes son rudos y aplastan al que alcanzan; pero su actividad persecutoria no podría extenderse a más de treinta mil personas que moran en la vasta comarca. Ni ellos, ni la guardia civil, ni las demás autoridades podrían evitar que los obreros se reorganizasen. Los dueños han vencido en la calle: ahora han de impedir que en la casa se intrigue, y como ellos no pueden pasar de los umbrales, buscan a quien pueda entrar, a esa religión agonizante, cada día más separada de los desvalidos, cada día más amiga de los poderosos. Sus ministros ni siquiera tienen que resolver complejos problemas de la vida ordinaria que les hurten tiempo y diligencia. Su único oficio es hablar, intrigar, acechar los hogares donde pueden rendir almas y obtener beneficios. No los verá en los hospitales consolando a los heridos, ni llevando consuelo a las minas... ¡Oh, no; si en ellas entrasen, es posible que jamás volviesen a ver la luz del día!...

M. CIGES APARICIO

(De *Los vencedores*)

## De todo y de todos

**Mortalidad de los vendedores de licores.**—*La Presse Médicale* (20 Marzo 1912) publica un importantísimo cuadro relativo a la mortalidad profesional comparada, en diversas naciones europeas, extracto de las me-

jores estadísticas demográficas. Particularmente demostrativas son las observaciones hechas en Inglaterra durante los 52 últimos años. De menor valor, pero siempre muy útiles, son los datos suministrados por Francia y